

la presencia de sus hijos, y de entonces más su secreto queda entre ella y dos ancianos que, mañana, esta noche, pueden morir, y la tumba es muda.

—¡Pero, yo! ¡yo!

—¡Tú! ¿Sabes por ventura si existes? ¿has comunicado noticia alguna respecto de tu vida durante los quince años que hace que huiste de Selkirk? ¿No podías también haber encontrado en tu camino algo que te hubiese vedado acudir al lugar de la cita, adonde por fortuna, has venido? No, la marquesa no te ha olvidado... pero espera...

—¡Oh! ¿tú crees que mi madre...?

—¡Perdón! es verdad,—respondió el anciano;—nada creo; confieso mi culpa; olvida mis palabras.

—Bien, bien; hablemos de ti, amigo mío; hablemos de mi padre.

—¿Necesito decir que cumplí sus últimos deseos? Fild vino á buscarte durante el día, y se te llevó. Desde entonces han transcurrido veinte años, y, desde entonces, no ha pasado día sin que yo hiciese votos por verte en el de hoy. Y mis votos se han cumplido,—prosiguió el anciano.—A Dios gracias, estás aquí; el conde de Morlaix revive en ti, sí, vuelvo á verte, te estoy hablando... ya no lloro, estoy consolado.

—¿Y mi madre no ha venido nunca á arrodillarse sobre la tumba de mi padre?

Achard no respondió á la pregunta del joven.

—Pues, bien,—prosiguió Pablo ahora seremos dos los que conoceremos el paraje donde descansan los restos de mi padre. Ven y me lo mostrarás, y por quien soy te juro que á él vendí á orar cada vez que mi buque llegue á las costas de Francia.

El joven marino asió de Achard y lo condujo al primer aposento; pero en el instante en que abrían la puerta, oyeron un lijero ruido procedente del parque, y vieron venir á Margarita en compañía de un criado del castillo.

—Es mi hermana,—dijo Pablo metiéndose otra vez, y precipitadamente en la casita;—es mi hermana, Achard. Déjame por un instante á solas con ella; necesito hablarla. Tengo que decirle unas palabras que le darán una noche dichosa. Compadezcámonos de los que velan y lloran.

—Considera que el secreto que acabo de revelarte es el de su madre la marquesa de Auray.

—Nada temas, mi buen amigo,—contestó Pablo empujando á Achard hacia el segundo aposento.—Nada temas, sólo le hablaré del suyo.

En esto entró Margarita.

X

Los dos hermanos

Margarita, siguiendo su costumbre, traía algunas provisiones al anciano.

Grande fué la sorpresa de la joven al ver en el primer aposento de la casita, en el que durante diez años únicamente había encontrado á Achard, á un gallardo doncel que la miraba con ojos de ternura y se sonreía bondadosamente.

Margarita hizo una seña á su criado para que dejase la cesta en un rincón del aposento, y luego, una vez su acompañante hubo cumplido la orden y salido para aguardar á su ama fuera de la casita, se acercó á Pablo y le dijo:

—Usted dispense, caballero; pero creía encontrar aquí á mi anciano amigo Luis Achard... y venía á traerle, de parte de mi madre...

Pablo, conociendo que, de hablar, su voz delataría la emoción que le señoreaba, por toda respuesta se limitó á tender el brazo en dirección del segundo aposento, para indicar que en él se encontraba el anciano.

Margarita dió las gracias con una casi imperceptible inclinación de cabeza, y entró.

—¡Oh!—dijo entre sí el joven cuando Margarita hubo desaparecido—¿cómo lo haré, infeliz de mí, aislado como me en-

cuentro en el mundo, para no estrecharte entre mis brazos cuando salgas, para no decirte: «Margarita, hermana mía, no existe mujer en la tierra que haya sentido por mí amor alguno; ámame fraternalmente»? ¡Oh! ¡madre mía! ¡madre mía! Al privarme de tus caricias me has privado también de las de ese ángel. Dios te conceda en la eternidad la dicha que has alejado de tí... y de los otros.

—Adios—dijo Margarita al anciano y abriendo nuevamente la puerta;—adios; he querido venir esta noche mis ma, pues no sé cuándo podré verle nuevamente.

La joven se encaminó hacia la puerta, imaginativa y con la cabeza inclinada sobre el pecho, sin ver á Pablo ni recordar que, al entrar ella en la casita, había allí un joven.

Pablo, con el corazón oprimido y los ojos arrasados de lágrimas, seguía á Margarita con la mirada y con los brazos tendidos hacia ella como para detenerla, hasta que, por fin, y cuando vió que aquélla iba á poner la mano en la llave de la puerta, exclamó:

—¡Margarita!

La joven volvió con extrañeza el rostro; pero no comprendiendo la causa de tan singular familiaridad, por parte de un hombre que le era del todo desconocido, entreabrió la puerta para marcharse.

—¡Margarita!—repitió Pablo, avanzando un paso hacia su hermana;—¡Margarita! ¿no oye usted que la estoy llamando?

—En verdad, me llamo Margarita, caballero—respondió con dignidad la joven;—pero no acerté que pudiese llamarme así, sin más aditamento, una persona á quien no tengo la honra de conocer.

—Pero yo la conozco á usted—profirió Pablo acercándose á la joven, cerrando la puerta y conduciendo á aquella al centro de la pieza.—Me consta que es usted desgraciada, que no tiene usted persona amiga á quien hacer depositaria de sus pesares, ni un brazo en que apoyarse.

—Usted se olvida del que está en las alturas, de Dios—repuso Margarita levantando al mismo tiempo la cabeza y mano hacia el cielo.

—No, Margarita, no lo olvido, pues El es quien me envía para ofrecerle á usted lo que á usted le hace falta; para decirle, cuando todas las bocas y los corazones se cierran alrededor de usted: soy su amigo, amigo abnegado y eterno.

—¡Oh! caballero—profirió Margarita,—las palabras que acaba usted de proferir son muy solemnes y sagradas, pero, desgraciadamente, es difícil que yo crea en ellas sin pruebas que lo justifiquen.

—¿Y si le diese á usted una?—repuso Pablo.

—¡Es imposible!—repuso Margarita.

—¡Irrecusable!—añadió el marino.

—¡Oh! entonces...—dijo Margarita con acento indescriptible y en el cual la duda empezaba á ceder el paso á la esperanza.

—Entonces, ¿qué?—preguntó Pablo.

—Entonces... pero, no, no.

—¿Conoce usted esta sortija?—preguntó el joven mostrando á su hermana la que encerraba la llave que abría el brazaletes.

—¡Dios clementísimo!—exclamó Margarita—¡apiadaos de mí! ¿está muerto!

—No—repuso Pablo,—vive.

—Luego ¿ya no me ama?

—Como siempre.

—Si vive y me ama... ¡oh! hay para enloquecer... Pero, ¿qué estoy diciendo? Si vive y me ama, ¿cómo está en poder de usted esta sortija?

—Me la ha confiado como una prueba de reconocimiento.

—¿Acaso he confiado yo á persona alguna este brazaletes?—dijo Margarita levantando la manha de su vestido. ¡Mire usted! ¡mire!

—Bien, sí; pero usted no está proscriba, deshonrada á los ojos de la sociedad, lanzada en medio de la gente perdida.

¡Qué importa! ¿no es inocente? ¿no es amado?

—Luego ha creído,—prosiguió Pablo queriendo ver hasta dónde llegaban la devoción y el amor de su hermana;—ha creído, digo, que encontrándose, como se encuentra, separado para siempre de la sociedad, su delicadeza le exigía ofrecerle á usted, si no devolvérsela, la libertad de disponer de su mano.

—Cuando una mujer ha hecho por un hombre lo que yo he hecho por él,—replicó Margarita con firmeza,—no tiene otra excusa que amarle, y es lo que yo haré mientras me quede aliento.

—¡Oh! es usted un ángel,—profirió el marino.

—Dígame usted,—repuso Margarita asiendo las manos de Pablo y mirándole con ojos de súplica.

¿Qué?

—Así, pues, ¿usted le ha visto?

—Soy su amigo, su hermano.

—¡Oh, entonces háblame usted de él! — exclamó Margarita abandonándose por entero á su amor y olvidándose que veía por primera vez al hombre á quien dirigía tales preguntas. — ¿Qué hace, qué espera el desventurado?

—La ama á usted y espera verla nuevamente.

—Luego él le ha dicho á usted..., — murmuró la joven apartándose de Pablo.

—Todo.

—¡Oh!—murmuró Margarita bajando la frente, por la que pasó un súbito rubor que reemplazó, como el vivo reflejo de una llama, la palidez que habitualmente estaba impresa en ella.

—Es usted una santa,—dijo Pablo acercándose á la joven y oprimiéndola contra su pecho.

—¡Ah! ¿con qué no me desprecia usted, caballero? — murmuró Margarita animándose á levantar los ojos.

—Margarita,—dijo Pablo,—á tener yo una hermana, suplicaría á Dios que le concediese el parecerse á usted, se lo juro.

—¡Oh! tendría usted una hermana muy desgraciada,—profirió la joven apoyándose en el brazo del marino y echándose á llorar amargamente.

—Puede que no,—repuso Pablo sonriéndose.

—Luego ¿usted no sabe...?

—Diga usted.

—¿Que el señor de Lectoure debe llegar mañana por la mañana?

—Lo sé.

—¿Y que mañana se firma el contrato de boda?

—También lo sé.

—¿Qué quiere usted, pues, que espere yo en semejante apuro? ¿A quién quiere usted que recurra? ¿El auxilio de quién quiere usted que implore? ¿El de mi hermano? Dios sabe que se lo perdo-

no á mi hermano, pero éste no puede comprenderme. ¿El de mi madre?... ¡Ay! caballero, usted no la conoce. Es mujer de reputación sin tacha, de una virtud severa, de voluntad inflexible; no habiendo nunca caído en falta, no admite que pueda faltarse. Cuando ella dice «quiero», no cabe sino bajar la cabeza, llorar y obedecer. ¿Mi padre?... Sí, lo sé, para firmar el contrato será menester que salga del aposento en que está encerrado hace veinte años. ¡Mi padre! Para toda otra mujer menos desgraciada y menos aflagada que yo, sería un auxilio; pero usted ignora que el infeliz ha perdido el juicio, y, con él, toda noción de amor paternal. Además, hace diez años que no le he visto, diez años que no he estrechado su temblorosa mano ni besado sus canas. El desdichado ni aun sabe ya si tiene una hija, ni si en el pecho le late un corazón; ni siquiera me conocerá; y aun cuando me conociese y se compadeciera de mí, mi madre le pondría una pluma en la mano y le diría: «Firma, lo exijo», y él, pobre y endeble anciano, firmaría, y su hija quedaría condenada.

—Sí, sí, todo cuanto me está usted refiriendo lo sé tan bien como usted misma, hija mía,—dijo Pablo;—pero, tranquilícese usted, no se firmará ese contrato.

—¿Quién lo impedirá?

—¡Yol

—¿Usted?

—Nada tema, mañana asistiré al consejo de familia.

—Y ¿quién lo introducirá á usted en él?

—Tengo un arbitrio para lograrlo.

—Mi hermano es violento, arrebatado. ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! Vea, caballero, que no me pierda todavía más al querer salvarme.

—Manuel me es tan sagrado como usted misma, Margarita. Nada tema usted, deposite en mí toda su confianza.

—¡Oh! le creo á usted, caballero, y en usted ffo,—dijo Margarita como rendida por su larga incredulidad;—porque ¿qué le aprovecharía á usted el engañarme? ¿qué interés tendría usted en hacerme una felonía?

—Ninguno, y en esto está usted acertada; pero, tratemos de otro asunto. ¿Qué determina usted hacer respecto del barón de Lectoure?

—Decírselo todo.

—¡Oh!—profirió Pablo inclinándose, —deje usted que la adore.

—¡Caballero!—murmuró Margarita.

—¡Como á una hermana! ¡como á una hermana!

—¡Cuán bondadoso es usted!—dijo Margarita; creo que Dios me le envía.

—Creálo usted,—repuso Pablo.

—Pues hasta mañana por la noche.

—Nada la admire ni la turbe,—dijo el marino á Margarita.—Lo único que de usted solicito es que, por medio de una carta, de una palabra, de un signo, me dé á conocer el resultado de su conferencia con Lectoure.

—Veré de hacerlo.

—Ea, ya es tarde, y el criado podría admirarse de la duración de nuestra plática; vuelva usted al castillo, y no hable de mí á nadie, absolutamente á nadie.

—Adiós,—dijo Margarita,—adiós á usted, á quién no sé cómo apellidarle.

—Deme usted el nombre de hermano.

—Adiós, hermano mío.

—¡Oh, hermana, hermana mía!—exclamó Pablo abrazando convulsivamente á Margarita, tú eres la primera que has halagado mi oído con tan dulce palabra. Dios te lo recompensará con creces.

La joven retrocedió llena de admiración; pero acercándose nuevamente á Pablo, le tendió la mano, y éste se la estrechó por la vez postrera.

Cuando el joven marino se encontró nuevamente á solas, se dirigió á la puerta de comunicación, y abriéndola de par en par, dijo:

—Ahora, amigo mío, condúceme á la tumba de mi padre.

FIN DEL TOMO PRIMERO

INDICE

	Págs.
La fragata misteriosa	5
El capitán Pablo	20
El combate.	31
La madre y el hijo.	48
Los amores de Lusignán	61
Margarita de Auray.	74
El secreto de la marquesa de Auray.	84
Pablo sabe quiénes fueron sus padres.	90
Achard revela el secreto.	108
Los dos hermanos.	118